

El hombre interminable

por Gonzalo Vázquez

En verano
The Big Dipper
volvió a desaparecer al igual
que el destino exacto de sus negocios.
A principios de septiembre haría
en cambio una aparición pública.

15

Wilt renunciaba así a los dos años que le restaban como opción con el equipo de San Diego pese a que ahora podía vestir de corto en la ABA de habérselo propuesto.

En julio de 1975 Chamberlain estuvo presente en el combate de boxeo que medía en Las Vegas a su amigo Muhammad Ali frente a Ron Lyle. De vuelta al Tropicana, el hotel donde se alojaba, un grupo de neoyorquinos salió a su encuentro en el vestíbulo. Wilt los atendió amablemente y el pequeño revuelo fue aprovechado por algún periodista testigo. A la insistente pregunta de por qué razón no había fichado por los Knicks, Wilt endulzó los oídos de sus interlocutores asegurando que no le disgustaba la idea, que incluso habría sido una bonita experiencia que sumar a su vida. “Pero cuando pudieron hablar directamente conmigo o mi gente –terminaba– llegaron tres días tarde”.

En agosto Wilt se embarcaba en uno de sus nuevos negocios. Adquirió en propiedad los Bangers de Southern California, uno de los cinco equipos que vertebraban la recién fundada International Volleyball Association (IVA), una pequeña liga profesional de grandes ambiciones y pequeñas realidades. Habían pasado más de dos años desde su último partido. Pero ante una nueva oleada de rumores que resituaban a Chamberlain en la NBA su nuevo comisionado, Larry O’Brien, se vio obligado a hacer pública una advertencia: “Under NBA rules a player must play out his option year rather than sit it out as Chamberlain did”. Si Wilt volvía a la NBA tendría que jugar con los Lakers como propietarios de sus derechos. Cualquier otra operación debería ser aprobada por ellos o bien alcanzar ambas partes un acuerdo bajo supervisión de la liga.

Para entonces era una evidencia que el dueño de los Lakers, Jack Kent Cooke, había quedado muy molesto con Chamberlain y no tenía el menor interés en su incorporación a la plantilla. Incluso le previno de acercarse al campus de pretemporada. Y como desquite Cooke sentía además disponer del suficiente poder para echar abajo cualquier operación y frustrar así su posible vuelta. Más aún cuando nuevamente el equipo que mayor entusiasmo parecía sentir por Chamberlain eran los Knicks, quienes redoblarían esta vez sus esfuerzos por adquirirle. De entrada buscaron negociar con los Lakers sin éxito. Cooke no quería dinero. Pretendía de los Knicks rondas de *draft* y jugadores, es decir, el mayor saqueo posible. Curiosamente los Lakers se habían hecho con Kareem Abdul-Jabbar aquel verano. Y algo así, creyeron en Nueva York, facilitaba la venta de los derechos sobre Chamberlain. Se equivocaban.

En compensación al presunto favor legal hacia los intereses angelinos O’Brien amenazó con intervenir si Lakers y Knicks, sus dos principales mercados, no se ponían de acuerdo.

Entretanto Chamberlain seguía a lo suyo, como si nada, saliendo ligeramente a la palestra su portavoz oficial, el abogado Seymour Goldberg: “Haría falta mucho dinero para moverle de allí”.

La lógica de los Knicks era razonable. Seguían sin un repuesto de valor para la marcha de Reed, habían visto volar a Kareem Abdul-Jabbar de Milwaukee a Los Angeles y venían de fracasar en sus intentos por adquirir a George McGinnis y Marvin Webster; incluso a una estrella exterior como David Thompson. Estaban, pues, en posición de mover ficha.

A mediados de mes los Conquistadores, renombrados ahora como Sails, se sumaban a los reclamos por Chamberlain. El equipo de Bloom amenazaba con interponer una demanda si *The Stilt* volvía a jugar en la NBA. Consideraban, no sin razón, que los verdaderos propietarios eran ellos.

A falta de más movimientos y sin respuesta a los suyos el equipo de Nueva York se impuso un plazo final que revelaría su presidente Mike Burke: “Si para el 20 de octubre no tenemos noticias de Wilt toda esta historia habrá terminado”. Burke no sólo empezaba a ser consciente de que cada día de retraso eran más las operaciones perdidas. También que la actitud de la presa, de ausencia sospechosa, no ayudaba demasiado a proseguir la aventura. Acompañado de su mánager general Mike Burke cruzó el país con destino a Los Angeles para reunirse con Golberg y Chamberlain. Pero éste, de vacaciones en Hawaii, lo dejaría todo en manos de su agente y ni siquiera hizo acto de presencia. Al día siguiente los Knicks anunciaban su renuncia a la operación Chamberlain. No pasaron ni 48 horas cuando Spencer Haywood era el hombre elegido para presidir el interior del equipo.

En la primavera de 1977, un 26 de abril, Wilt Chamberlain oficiaba una rueda de prensa como presidente de la IVA, a la que decía querer elevar a niveles de atención nacional similares a la NBA. Era la tercera temporada de la competición de voleibol, de la que el gigante era además uno de sus principales inversores. La importancia del cargo y el contenido oficial del acto tenían un único signo. Pero la figura pública de Chamberlain eludía otros moldes distintos al original. De manera que ya podía presentarse a unas primarias por la presidencia que los medios no podían resistirse a hincarle el diente como jugador de baloncesto aunque diera toda la impresión, desde hacía no poco tiempo además, de que el baloncesto se alejaba de Chamberlain a la velocidad del olvido. De hecho Wilt no tenía entonces el menor reparo en reconocer que en los cuatro años que llevaba retirado había acudido a ver tan sólo dos partidos. Los dos, al equipo de Golden State y por el mismo motivo. Negocios de paso por San Francisco y la deferencia de aceptar, alguna vez,